

Byung-Chul Han

SOBRE DIOS

Pensar con Simone Weil

Traducción de Lara Cortés

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Sprechen Über Gott*, de Byung-Chul Han

© Matthes & Seitz Berling Verlag, Berlin, 2025

Todos los derechos reservados a Matthes & Seitz Berlin Verlagsgesellschaft mbH.

© de la traducción, Lara Cortés Fernández, 2025

Fotocomposición: Realización Planeta

© 2025, Editorial Planeta, S. A. - Barcelona, España

Derechos reservados

© 2026, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PAIDÓS M.R.

Avenida Presidente Masaryk núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

www.paidos.com.mx

Primera edición impresa en España: octubre de 2025

ISBN: 978-84-493-4454-1

Primera edición impresa en México: enero de 2026

ISBN: 978-607-639-155-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México – *Printed in Mexico*

Sumario

Introducción	p. 9
Atención	p. 11
Descreación	p. 37
Vacío	p. 51
Silencio	p. 67
Belleza	p. 79
Dolor	p. 93
Inactividad	p. 103
Notas	p. 117
Sobre el autor	p. 133
Último título del autor	p. 135

ATENCIÓN

*En su grado más alto, la atención
es lo mismo que la oración.*

*Dos compañeros alados, dos pájaros [...]
están posados en la rama de un árbol.*

*Uno come los frutos,
el otro los mira.*

Simone Weil

La crisis actual de la religión no puede atribuirse sin más al hecho de que ciertos *contenidos* de la fe hayan perdido su validez, de que ya no creamos en Dios o de que la Iglesia haya agotado toda su credibilidad. Más bien habría que explicarla por una serie de *razones estructurales* de las que no somos conscientes, pero que son responsables de la ausencia de Dios. Entre ellas se encuentra el *declive de la atención*. La crisis de la religión también es, por tanto, una crisis de la atención, una crisis de la vista y del oído. *No es Dios quien ha muerto, sino el ser humano al que Dios se revelaba.*

La percepción se ha vuelto extremadamente voraz. Carece de toda dimensión contemplativa. Se pasa el tiempo *comiendo*. Su actitud es el consumo. Hay una expresión que refleja muy acertadamente su voracidad: «atracción de series» (*binge watching*). Aquí, la palabra *binge* se refiere al acto de devorar en exceso. La percepción prácticamente

se *ceba* con basura: basura de información y comunicación, basura de sonidos y de visiones. Nos estamos convirtiendo en ganado consumidor. La percepción se guía cada vez en mayor medida por los estímulos y la adicción. Puesto que solo se centra en *comer*, ya no puede *mirar*. En este sentido, Simone Weil escribe: «[...] mirar y comer son dos cosas diferentes. Hay que optar por la una o por la otra. A ambas se las considera amor. Solo hay alguna esperanza de salvación para quienes consigan permanecer un tiempo mirando en lugar de comiendo».¹ Comer sirve exclusivamente para saciar una necesidad. Mirar es lo único que nos redime de la inmanencia del consumo, desprovista de sentido.

La crisis actual de la atención está ligada al hecho de que queramos comerlo todo, consumirlo todo, en lugar de mirarlo. La percepción voraz no requiere atención alguna. Se traga cuanto se le ofrezca. Solo el alma que *ayuna* puede mirar, contemplar. Durante el ayuno se pone en marcha una *autofagia* en la que el alma consume su parte baja, su parte voraz. Esta *autofagia del alma* es lo único que nos salva y que nos conduce hasta Dios: «La parte eterna del alma se alimenta del hambre. Cuando no comemos, nuestro organismo digiere su propia carne y la transforma en energía. El alma actúa del mismo modo. El alma que no come se digiere a sí misma. La parte eterna digiere la parte mortal y la transforma. El hambre del alma es difícil de soportar, pero no existe ningún otro remedio para la enfermedad: matar de hambre la parte perecedera del alma mientras el cuerpo aún está vivo. Es así como un cuerpo de carne pasa directamente a estar al servicio de Dios».²

El alma que sigue comiendo sin mirar pierde capacidad de contemplación. En lugar de autofagia, desarrolla *adiposis*. Su parte natural y mortal, encargada de comer, crece y engorda. En cambio, su parte divina se atrofia y se contrae. La atención contemplativa es esencial para mirar. Esa atención observa las cosas sin pretender apropiarse de ellas, sin pretender anexionárselas. *Quien sabe mirar se vacía, se convierte en nadie*. Crea dentro de sí un vacío: «La belleza de un paisaje en el momento en que nadie lo ve, absolutamente nadie...».³

De acuerdo con Simone Weil, es la imaginación la que, al servicio del yo, *siempre sueña con comida*. Somete las cosas a las necesidades, los deseos y los intereses del yo. De ese modo, las adereza y las devora. Nos impide verlas tal y como son en realidad. La imaginación como «fuerza de la gravedad» incapacita al alma para ver la *verdadera relación entre las cosas* a la que hay que obedecer. Le impide alzar el vuelo hacia lo trascendente: «Obediencia: hay dos. Se puede obedecer a la gravedad u obedecer a la relación entre las cosas. En el primer caso, uno hace aquello a lo que le empuja la imaginación colmadora de vacíos. [...] Si se suspende el trabajo de la imaginación colmadora y se pone la atención en la relación entre las cosas, surge una necesidad a la que no se puede dejar de obedecer. Hasta entonces, no se tiene ni la noción de la necesidad ni el sentimiento de la obediencia».⁴ La gravedad desgarró el alma en lo más profundo: «Todo cuanto denominamos bajeza constituye una manifestación de la gravedad».⁵ La gravedad domina la parte natural del alma. La *plenitud* de la parte del alma dominada por la gravedad elimina el vacío, que es lo que le permite al alma mirar.

La religión requiere prestar atención a aquellas cosas que escapan a la puesta a disposición, al consumo, al «acto de comer». Precisamente la indisponibilidad es el rasgo esencial de ese interlocutor hacia el que se dirige la atención contemplativa. Profundiza la atención. La atención contemplativa es lo contrario de la vigilancia del cazador. No busca ni caza, sino que escucha atentamente y se demora. La atención del cazador —una atención centrada en objetivos y resultados y guiada por intereses; una atención que merodea y aspira a atrapar rápidamente el objeto buscado— es perjudicial para la experiencia religiosa: «Una mala manera de buscar. Con la atención fija en un problema. Un fenómeno más de horror al vacío. No se quiere ver perdido el trabajo. Obstinación en proseguir la caza. No es preciso querer encontrar».⁶ La atención religiosa es una «mirada», pero no una «búsqueda», no un «apego».⁷ Tal vez por eso cuando rezamos entrecruzamos las manos. Miramos hacia lo abierto, que escapa a cualquier *acceso*; hacia el vacío, que no permite el apego. En el vacío no hay nada para «comer», nada a lo que podamos agarrarnos. Solo alcanzamos el vacío liberador cuando nos desprendemos de todo apego, de toda voluntad.

La digitalización acelera enormemente la puesta a disposición total de la realidad. Nos acostumbra a que todo sea inmediatamente alcanzable, disponible, calculable y consumible. De ese modo, debilita la atención. Ciertas actitudes del espíritu que, como la espera o la paciencia, nos darían acceso a lo indisponible se están desmoronando. La información que se presenta como estímulo fragmenta nuestra atención. La atención profunda

no se guía por estímulos. De hecho, más bien se resiste a ellos e incluso los repele. Se asemeja a una oración: «Con la plenitud de la atención se puede pensar solo en Dios. Y viceversa: solo se puede pensar en Dios con la plenitud de la atención. [...] El mayor éxtasis es la plenitud de la atención».⁸

Hoy en día nos distraemos constantemente. Saltamos, tambaleándonos incluso, de una información a otra, de un estímulo a otro. Esta constante distracción ha bastado para que Dios nos haya abandonado: «Dios es la atención sin distracción».⁹ Si no nos distrajéramos, estaríamos con Dios. Para encontrar a Dios bastaría con que *mirásemos atentamente a todas partes*: «La atención absolutamente pura, la atención que solo es atención, es la atención que se dirige a Dios, porque Él solo está presente mientras hay atención».¹⁰ Lo que genera adicción no necesita atención alguna para desplegar sus efectos. La adicción funciona mejor cuanto menos atención le prestemos. Los estímulos que nos hacen adictos adormecen la atención. La actual *sociedad de la adicción* es una sociedad sin atención. La percepción se guía por la adicción y la dopamina. La adicción y la atención constituyen fuerzas antagónicas. También las redes sociales recurren a los adictivos algoritmos para convertir a las personas en dependientes y, de esa forma, controlarlas y dirigirlas. El *smartphone* es una *máquina digital de adicción*. En último término, incluso los buscadores, que no son sino máquinas de búsqueda, constituyen igualmente máquinas de adicción. Avivan la sed de caza.

El estímulo de la sorpresa alimenta el insaciable anhelo de información. La información cuenta con un

margen de actualidad muy reducido. Derrama a toda prisa su estímulo y se desvanece. Así pues, no podemos demorarnos en ella. Su margen de actualidad, extremadamente corto, fragmenta la atención: «La atención requiere una duración; por eso no podemos mantenernos atentos frente a lo que cambia».¹¹ La atención profunda, contemplativa, se dirige hacia lo duradero, hacia lo que permanece y perdura. Lo verdadero es lo duradero. Y el dominio de la información lo destruye, ya que nos arrastra a un permanente torbellino de actualidad. Quien no es capaz de mantener una atención contemplativa, de mirar, no puede acceder a la verdad, al verdadero y duradero orden de las cosas.

Cuanto más indisponible se encuentra el interlocutor, más paciente, más expectante y más suplicante se vuelve la atención que dirigimos hacia él. La atención (*attention*) y la espera (*attendre*) se condicionan mutuamente. La atención profunda, como oración que es, se nutre del deseo, pero de un deseo que carece de un objeto disponible. El interlocutor al que se dirige la oración en tanto que atención profunda no nos convierte en adictos. En lugar de imponérsenos, se repliega en una ausencia, en una indisponibilidad. *Dios brilla por su ausencia*: «Dios solo puede estar presente en la creación en forma de ausencia».¹² La ausencia es «el modo de la presencia divina».¹³ La oración se basa en una atención especial, en un «anhelo», que es «tenso», «pero no orientado hacia los objetivos».¹⁴ Oramos, pero sin perseguir un fin concreto. *Nos abrimos a Dios*. La oración más elevada, la más hermosa, es la que *carece de deseos*, la que constituye una *escucha del silencio divino*.